

MTRO. TADEO AGUSTIN LOZANO MORENO

Narrativa sobre el uso de la autonomía profesional docente en los procesos evaluativos en función de las dos dimensiones de la evaluación formativa

Como docente, he tenido la oportunidad de ejercer mi autonomía profesional para llevar a cabo procesos evaluativos que respondan a las necesidades individuales de mis estudiantes, promoviendo su aprendizaje de manera integral. A partir de la implementación de la evaluación formativa en mi práctica diaria, he podido observar cómo los estudiantes progresan no solo en sus competencias académicas, sino también en sus habilidades socioemocionales y su capacidad para autorregular su aprendizaje.

El estudio del módulo 2 del curso "La realimentación, proceso clave para la mejora de los aprendizajes" me ha permitido afianzar mi enfoque en la evaluación formativa, entendida como una herramienta clave para acompañar el desarrollo de los estudiantes. Las dos dimensiones de la evaluación formativa –la evaluación como diagnóstico continuo y la evaluación como retroalimentación constante– han sido fundamentales en la gestión de los aprendizajes en mi aula. A continuación, describo cómo estas dimensiones se han manifestado en mi práctica docente.

Dimensión 1: Evaluación como diagnóstico continuo

En mi labor docente, la evaluación no se limita a momentos específicos o exámenes estandarizados. Entiendo la evaluación como un proceso constante que me permite identificar las fortalezas y áreas de mejora de mis estudiantes en tiempo real, lo que facilita la toma de decisiones pedagógicas adecuadas. La evaluación diagnóstica, en particular, ha dejado de ser una actividad exclusiva del inicio del ciclo escolar y se ha convertido en una práctica que realizo de manera continua a lo largo del curso.

Por ejemplo, en una clase de ciencias, noté que algunos estudiantes tenían dificultades para comprender ciertos conceptos sobre el cambio climático. A pesar de haber realizado un diagnóstico inicial al inicio de la unidad, fue necesario implementar evaluaciones diagnósticas adicionales para identificar los obstáculos específicos que estaban enfrentando. Realicé actividades de observación directa y formularios con preguntas abiertas para recoger información sobre su nivel de comprensión. A partir de los resultados, descubrí que varios alumnos tenían una comprensión errónea de los efectos del cambio climático a nivel local, lo que les impedía conectar el tema con su entorno.

Gracias a esta evaluación diagnóstica continua, pude ajustar mi plan de clases y diseñar actividades que facilitaran la comprensión de los conceptos clave. Implementé proyectos grupales en los que los alumnos investigaban los impactos específicos del cambio climático en su comunidad, lo que les permitió hacer conexiones más significativas con su realidad. Esta experiencia me confirmó la importancia de realizar evaluaciones diagnósticas de manera constante, permitiendo una retroalimentación inmediata y un ajuste oportuno de las estrategias de enseñanza.

Dimensión 2: Evaluación como proceso de retroalimentación para la mejora

La retroalimentación constante es otra de las prácticas clave que he adoptado en mi aula para asegurar que los estudiantes no solo reciban información sobre su desempeño, sino que comprendan cómo pueden mejorar. Entiendo la retroalimentación como una herramienta que, más allá de señalar errores, tiene el objetivo de guiar a los estudiantes en su proceso de aprendizaje, motivándolos a avanzar y a confiar en sus propias capacidades.

Una de las estrategias que he utilizado para brindar retroalimentación efectiva es el uso de rúbricas detalladas, que permiten a los estudiantes conocer de antemano los criterios de evaluación. Durante una actividad en la que los estudiantes debían presentar un experimento científico, les proporcioné una rúbrica que describía claramente qué aspectos serían evaluados: desde la claridad de la hipótesis hasta la precisión en la presentación de resultados. A lo largo del proceso, fui brindando retroalimentación individualizada sobre su progreso, lo que permitió a los estudiantes hacer ajustes en sus proyectos antes de la evaluación final.

Además, he fomentado el uso de la autoevaluación y la coevaluación como herramientas para promover la autonomía y el desarrollo del pensamiento crítico. Al finalizar las actividades grupales, los estudiantes evalúan tanto su propio desempeño como el de sus compañeros. Esta práctica no solo fomenta la reflexión sobre sus fortalezas y áreas de mejora, sino que también fortalece su capacidad para dar y recibir retroalimentación constructiva. En una ocasión, después de una serie de exposiciones orales, cada grupo de estudiantes realizó una autoevaluación en la que destacaron lo que habían aprendido, las dificultades que enfrentaron y cómo podrían mejorar en el futuro. Este ejercicio no solo mejoró su capacidad de autocrítica, sino que también promovió un ambiente de aprendizaje colaborativo, en el que los estudiantes se sienten apoyados para mejorar continuamente.

Estrategias de motivación y confianza

En el marco de la evaluación formativa, también he procurado crear un ambiente de confianza y motivación en el aula, donde los estudiantes se sientan seguros de expresar sus ideas y de cometer errores como parte natural del proceso de aprendizaje. La motivación es clave para que los estudiantes participen activamente en su propio proceso de evaluación y se sientan empoderados para tomar decisiones sobre su aprendizaje.

Una de las acciones que implementé fue la creación de espacios para la reflexión individual, donde los estudiantes tienen la oportunidad de escribir sobre su progreso en diferentes áreas. Al finalizar cada unidad, los invito a reflexionar sobre lo que han aprendido y los retos que han enfrentado. A partir de estas reflexiones, elaboran un plan de acción con metas específicas para mejorar en la siguiente unidad. Esta estrategia no solo fomenta la autoevaluación, sino que también les da la oportunidad de desarrollar habilidades de autorregulación y planificación.

Adicionalmente, he integrado la coevaluación entre pares como una práctica regular en mi aula. Los estudiantes aprenden a evaluar el trabajo de sus compañeros de manera respetuosa y crítica, lo que fortalece su capacidad para identificar áreas de mejora y reconocer el esfuerzo

de los demás. Esta práctica, que inicialmente fue recibida con cierta resistencia, ha ido evolucionando hasta convertirse en un proceso de aprendizaje colaborativo, en el que los alumnos valoran y aprecian la diversidad de opiniones y enfoques.

Evaluación diferenciada y multimodal

La diversidad en el aula es una realidad que siempre he procurado abordar mediante la implementación de estrategias de evaluación diferenciada y multimodal. He comprendido que los estudiantes no aprenden ni expresan sus conocimientos de la misma manera, por lo que he adoptado una amplia variedad de formas de evaluación que permitan a cada alumno demostrar lo que sabe según sus habilidades y preferencias.

Por ejemplo, durante una unidad de historia, ofrecí a los estudiantes la opción de presentar sus conocimientos a través de diferentes medios: podían hacer un ensayo escrito, una presentación oral, un video explicativo o incluso una maqueta que representara un hecho histórico. Esta flexibilidad les permitió sentirse más cómodos a la hora de demostrar lo aprendido, lo que resultó en trabajos de mayor calidad y en un ambiente más motivador.

La enseñanza multimodal no solo ha permitido que los estudiantes se expresen de maneras más acordes con sus capacidades, sino que también ha fomentado su creatividad y su capacidad para pensar críticamente. En una ocasión, uno de mis estudiantes, que solía tener dificultades con las evaluaciones escritas, decidió crear un video en el que explicaba cómo la Revolución Mexicana había impactado a su comunidad local. Este proyecto no solo le permitió explorar el tema en profundidad, sino que también le dio la oportunidad de desarrollar habilidades tecnológicas y de comunicación que no habría podido mostrar en una evaluación tradicional.

Fomento del pensamiento crítico y resolución de problemas

Finalmente, una de mis principales metas como docente ha sido promover el pensamiento crítico entre mis estudiantes. La evaluación formativa me ha permitido fomentar un ambiente en el que los alumnos se sienten cómodos observando, preguntando, explicando y buscando soluciones a los problemas que enfrentan. En lugar de ver la evaluación como un fin en sí misma, la utilizo como una oportunidad para que los estudiantes se enfrenten a desafíos reales y encuentren soluciones creativas.

En una actividad reciente, pedí a los estudiantes que investigaran un problema ambiental en su comunidad y que propusieran soluciones viables para mitigarlo. La evaluación de esta actividad no se basó únicamente en la precisión de sus respuestas, sino en su capacidad para analizar críticamente el problema y proponer soluciones innovadoras. Al final del proyecto, muchos estudiantes se sintieron orgullosos de sus propuestas y se motivaron a seguir investigando sobre el tema, lo que demuestra cómo la evaluación formativa puede impulsar el aprendizaje más allá del aula.

Conclusión

En resumen, la implementación de las dos dimensiones de la evaluación formativa –la evaluación diagnóstica continua y la retroalimentación constante– ha transformado mi práctica docente. He utilizado mi autonomía profesional para diseñar evaluaciones que no solo midan el aprendizaje, sino que también lo promuevan. A través de la evaluación diferenciada, la retroalimentación constructiva y el fomento del pensamiento crítico, he logrado crear un ambiente de aprendizaje en el que los estudiantes se sienten motivados a mejorar continuamente y a tomar un papel activo en su propio proceso educativo. La evaluación formativa, lejos de ser un simple requisito, se ha convertido en una herramienta fundamental para el éxito académico y personal de mis estudiantes.